

RASTREO DE EXISTENCIA

A la memoria de mi hijo Juan José

I

*Pequeñas maniobras adelanta el gusano.
Tú tienes que perder todo esto para que la mentira de tu cuerpo se una a la cosecha.
Para que la mentira de tu ensueño se una a la mentira.
Pues el carbón de tu nostalgia es el carbón del campo.
El de las sementeras abrasadas por la codicia de las épocas.
Sobre esta avaricia de estaciones, el cachorro de carne se quema en sus anhelos.
Y tú también te abrasas en el amor y el hambre de los horizontes despiadados.
Con Tánatos y Ceres ya no hay cópulas, ni chamizos ni sombras para los alimentos del misterio.
La humildad de la paja y la hermosura del centeno te condujeron más allá de las celestes maniobras.
La llaga de tu ojo es superior a ese dolor nuboso de las alquerías más lejanas.
Y el carbón prodigioso de aquellas deidades agotadas ennegrece tu canto y la sonora miel de los ejidos.
Tiempo de otoño oscuro, la sal y las arrugas cantan donde el vencejo.
No hay gota de rocío, ni caricia de ave, en la exterminación de tu lugar en llamas.
Ni la brisa transporta, por las torres, esa dulce pelusa de los álamos.
La orejuda semilla ya se emburra ante el vano concierto del instinto.
Y la floresta de labranza, sus herramientas y metales duermen bajo el morado sol de los crepúsculos.
Tierra yerma, esta infancia no alumbrará más fuente que las lágrimas.
¡La nimiedad de mis rastreos no moverá sus aros sobre el césped!*

II

*Así es cómo el gracejo de amargura se cobra este anticipo de la muerte.
El estrago de granjas, en las cercanías del corazón, mueve las llamas rápidas de los sombríos lugarejos.
Proterva es esta espada por los alrededores de la infancia.
¿Qué es una vida, al cabo, sino el fausto comicio de las maniobras vegetales hacia su propia destrucción?
Las formas y disfraces de este reino mortal y engalanado se apropiarán, dormidas, de tus pequeños gestos discontinuos.
Pues discontinuas fueron siempre la suerte y la desgracia, la primavera y el estío
y aun la celeste pulsación de tu remoto afán entrecortado
entre la plaga comarcal, y el tazón de la noche y las bebidas en donde envenenaron nuestro origen.
Así yo soy augur de las desconsoladas espadañas.
Llorando en el quejido vegetal, la memoria enemiga de la celeridad fundente y cósmica
te alerta, dulce y vaga, dolorida y confusa, como un acuchillado villancico. Ah, esta música
de lo que va a morir pronto, en su yerbosa acunación nocturna.
El menguante de luna refleja ante el regato de la terrible soledad sombría tus desmembrados cánticos.
Las mismas flores que llevaste al nupcio de la efímera novia campesina no respetan siquiera el escalofrío de tus rastreos.
Ya que esta herida ha de curarse con el incendio de la aldea que fuiste.
El maniquí de los pastores es un quemado espantapájaros.*

Tendrías que colgar, definitivamente ya, la alforja y la zamarra de tristeza, y los frutales cielos ante el postigo de tu alma.

Y la grulla tiznosa y resentida recogería los restos de aquella primavera que te hirió por la espalda.

En tanto, aquel gusano, como un sarmiento de locura, en los zaguanes de cebolla y haba, se dispondrá al duro exterminio.

Matinalmente, el lúpulo acostará su orquesta breve.

Y todo aquel rastreo de existencia, entre las lagartijas de las verdosas decisiones rápidas, se acoplará a los aros del gusano, pues por aquí hay que pasar.

Pues por aquí hay que pasar, aunque te glorifiquen el azafrán y el cisto,

y los dulces augurios del cantor,

el arco iris de la buenas lluvias, la leche del prodigio maternal,

el madurado mapa del cerezo

enlagramado por ese fervor que es blancura en la ermita de los zorros.

El trasmonte del ciervo no aliviará tu muerte dura. No, pues este tránsito

es paso acostumbrado para los celestiales territorios.

La abundancia risueña tuvo su edad, su ámbito. Y los anillos de los árboles, como los aros del gusano, son el círculo exacto, y la estructura consabida, y la sombría norma de tu esquilmada eternidad.

Un movimiento oscuro, desde sus ojos infinitos, reptaba sobre la parva de la inmisericorde acometida.

Aferrando a la tierra tus edades, cuando el oso estrellado del misterio viene con su zarpazo hasta el maíz.

La lejanía paga sus monedas. ¡Ya las cobraste todas!

III

Pequeñas maniobras anticipa el gusano.

Y la secreta granja de las faenas terminales se embriaga con los lirios y los excesos de la destrucción.

Las breves arias de este canto espantarán, tal vez, a los incautos mirlos. Y a los ojeadores de la fronda efímera.

Y a los amantes enredados sobre la carne de la luna. El niño aquel, observador de los hurones

y de las borraduras de la siega, va como un caracol, con su ignorancia a cuestras, trepando hacia el repecho de la nada.

Así propone el triste día esta consagración de la inocencia. El campo, con su rumor de fiesta interrumpida,

engalana este baile de la avena en su lejana zarabanda sola. Arde ese rústico amor de lo reptante

como un reguero fabuloso. Y cae el asombro inicial de la existencia bajo el vidrio del cielo destrenzado.

¡Y la mágica cuerda vertical, por la que descendían los prodigios, se rompe en los anillos de la hoguera!

El gusano perece en sus pequeñas maniobras rosas.

(Del *Libro de las magias*, inédito)